

El zaragozano Carmelo Lisón Tolosana, catedrático de Antropología Social en la Universidad Complutense, disertó el martes pasado sobre la corte de los Austrias en el discurso de ingreso a la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Su intervención se centró en el

tema de «La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias», y en ella trazó un panorama de la vida palatina en un periodo muy significativo de la historia española. En la remozada sede de la plaza de la Villa, Lisón Tolosana invitó a los asistentes a

contemplar «la meticulosa organización palaciega y el protocolo mayestático que circunda y aísla al soberano». Revisó la omnipotencia de los reyes durante ese periodo, y subrayó que la liturgia del poder suponía que el soberano, más que gobernar, reinara.

El antropólogo Carmelo Lisón, en la Academia de Ciencias Morales

Su discurso de ingreso versó sobre «La imagen del rey»

«Los austrias se dedicaban a reinar más que a gobernar»

Pérez Gállego

El pasado martes, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas celebró en su remozada sede en la plaza de la Villa, de Madrid, una solemne sesión pública en la que tomó posesión de la medalla número 2 el académico electo don Carmelo Lisón Tolosana, catedrático de Antropología Social de la Universidad Complutense de Madrid.

El discurso del nuevo académico e ilustre zaragozano llevaba por título: «La imagen del Rey. Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias». Tras la salutación inicial y el recuerdo a su predecesor y tocayo, Carmelo Viñas Mey, el profesor Lisón Tolosana planteó su alocución en términos de antropología social.

«Invito a entrar sin prejuicios —dijo— en la Corte de los Austrias para observar la meticulosa organización palaciega y presenciar el protocolo mayestático que circunda y aísla al soberano. Esa rígida etiqueta, formuladora de un modo de existencia y configuradora de una manera de ser, nos sorprende ciertamente y nos causa extrañeza; pero es precisamente esa extrañeza la que estimula al antropólogo porque sabe que bajo esa riqueza de múltiples modos formales de comportamiento va a descubrir toda una gama de significados, ideas y valores, un metalenguaje sobre el que levantará una síntesis interpretativa».

«Yo, el Rey»

Tras esta introducción, el doctor Lisón Tolosana pasó revista a la fastuosa corte de los Austrias, una auténtica escenografía donde la figura del rey flota como un ser omnipotente y omnipresente sobre un sinfín de cortesanos sometidos a rígidas y meticulosas normas de conducta. Se llega a una auténtica liturgia del poder celebrada en el palacio, donde el soberano reina más que gobierna.

La fórmula ritual «Yo, el Rey» expresa y sintetiza esa función sagrada y casi mágica. Acciones como arrodillarse, inclinar la cabeza o descubrirse cobran un significado específico, que confluye en la continua elevación de la figura del rey por encima de todos los mortales.

Se detuvo el doctor Lisón en su discurso, tan profundo como ameno, en dos largas anécdotas históricas. La primera, la prolífica ceremonia de la comida real, desde el momento en que una legión de nobles y servidores se acercaba a las vituallas hasta que —¿cuánto tiempo después?— llegaban a la mesa del solitario rey.

Humillación real

La otra historia que relató el nuevo catedrático fue uno de los muchos recuerdos zaragozanos que asomaron en el bello y riguroso discurso. Se refiere a la humillación sufrida por el empera-



Carmelo Lisón es catedrático de antropología en la Complutense

dor Carlos V cuando, al pronunciar en 1518 en la Seo zaragozana el juramento de aceptación de los fueros aragoneses, se vio obligado a hacerlo de rodillas (mientras el Justicia estaba de pie) y de espaldas al magnífico retablo del altar mayor.

Carlos V, «catador y amante del protocolo», no olvidó nunca el lance. Cuando su hijo Felipe II tuvo que repetir, años después, el mismo juramento, se ordenó que el príncipe se arrodillara para pronunciar esas solemnes

palabras frente al altar mayor. «La sacra, católica y real majestad sólo podía arrodillarse ante Dios», explicó Tolosana.

Así, entre datos históricos e interpretaciones antropológicas, fue tejiendo su magnífica lección el doctor Lisón Tolosana, que terminó aventurando que esta aproximación a «la imagen del rey» en la época de los Austrias podía interesar a todos, «primitivos y civilizados, los de ayer y los de hoy, monárquicos y republicanos, porque a todos, en

el fondo de nuestro ser, nos gustaría ser Reyes».

Respondió al nuevo académico, en nombre de la Corporación, el profesor Salustiano del Campo. Recordó éste en su discurso, en primer lugar, la biografía del recipiendario, nacido en 1929 en Puebla de Alfindén, en Zaragoza. Tras sus primeros estudios, pasó por la Universidad y sintió nacer en él una inquebrantable vocación hacia la antropología.

Pasó por Alemania y marchó a Oxford, donde llega a doctorarse con una aplaudida tesis sobre «Belmonte de los Caballeros», magnífico estudio sobre un imaginario lugar del valle medio del Ebro que no es sino su solar natal.

Un hombre cabal

Años después, Carmelo Lisón realizaría una auténtica peregrinación por Galicia —más de 30.000 kilómetros en coche, a caballo o a pie, entrevistando a más de 1.500 personas, transcrito todo en 5.000 folios— para realizar una segunda tesis sobre la familia gallega, aunque también consiguiese precioso material para estudiar temas como la estructura social y la brujería gallegas.

«El hoy catedrático de antropología social de la Universidad Complutense y nuevo académico de ciencias morales y políticas —concluyó el profesor del Campo— no sólo es uno de nuestros primeros especialistas en su disciplina, sino un ser humano cabal, de esos a los que en España se sigue llamando un hombre de bien».

«Con él se restaura en esta casa la tradición antropológica y se enriquece científicamente la Academia de Ciencias Morales y Políticas», remató su salutación al recién ingresado.